

al recalcar la prioridad del estudio de las lenguas y del diálogo en el proceso de formación. De esta manera, la formación encuentra en la convivencia, a través de las asociaciones cívicas, un cauce natural para desarrollar la dimensión humana, a fin de que la racionalidad dialógica y experiencial se imponga sobre el anonimato tecnológico. Las máquinas tienen una capacidad informativa pero no comunicativa. En una educación masificada difícilmente el profesorado pueda reconocer a sus alumnos de manera personalizada. Gadamer sabe que la ética del rendimiento lo domina todo desde la época de la Primera Guerra Mundial. Fue entonces cuando comenzó a leer novelas rusas, escandinavas y holandesas, todo aquello que era fácil de traducir e interpretar para un joven alemán interesado en el aprendizaje de lenguas extranjeras. Da la impresión que esta formación —basada en la lectura y en la reflexión, en la interpretación de unos textos que sirven para encontrar sentido a la experiencia personal— puede ser hoy muy conveniente. Cuando los medios de comunicación dominan por doquier y la especialización científica crece sin parar, Gadamer reclama una pedagogía basada en la lectura y en el diálogo, cosa lógica si tenemos en cuenta que según la pedagogía hermenéutica —heredera de las ciencias del espíritu— la verdad se da *empalabrada*.

CONRAD VILANOU

GONÇALVES VIDAL, D. y CORTEZ C. DE SOUSA, M. C. (orgs.): *A memória e a sombra. A escola brasileira entre o Império e a República*, Belo Horizonte (Brasil), Auténtica, 1999, 158 pp.

La historiografía educativa brasileña del presente moldeada desde las referencias teóricas de la historia cultural vive un momento de notable desarrollo, de lo que son manifestación la Associação Brasileira de História da Educação, sus encuentros, los congresos luso-brasileiros, las investigaciones y programas de doctorado realizados

sobre todo en los Estados del Sur —los más «europeizados» y «occidentalizados»—, los seminarios y la publicista, en la que destacan sobre todo nombres de mujer<sup>1</sup>.

La presente colectánea, al cuidado en esta ocasión de las investigadoras Diana Gonçalves y Cecilia Cortez, que obedece a los trabajos de discusión de fuentes y perspectivas de estudio para la historia contemporánea de la educación en Brasil, reflexiona sobre las transformaciones que la historia de la educación y el oficio de historiador han tenido en las últimas décadas en Brasil, además de reflejar nueve contribuciones de análisis de la escolarización brasileña entre los dos siglos (XIX-XX). A partir de perspectivas diversas se interroga nuevamente el pasado, «retirando de la sombra la memoria que una historiografía hegemónica había ocultado», para mostrar mejor la constitución de la forma cultural y educativa escolar y la afirmación de la legitimidad escolar en una sociedad en proceso de modernización.

De modo parecido a esta presentación editorial y como fruto de los trabajos del mismo Seminario de Fuentes para la historia de la educación brasileña, podemos también aludir al volumen organizado por L. M. de Faria Filho, *Educação, modernidade e civilização* (Belo Horizonte, Auténtica, 1998) en donde, mediante varias aportaciones monográficas, se analiza la constitución y el entendimiento del discurso pedagógico en la sociedad imperial, con la problematización y utilización revisada de fuentes de la historia educativa.

ANTÓN COSTA RICO

GONZALBO AIZPURU, P.: *Educación y colonización en la Nueva España, 1521-1821*, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2001, 271 pp.

La amplia y sólida investigación de la doctora Pilar Gonzalbo Aizpuru se enriquece

<sup>1</sup> Claudia M<sup>a</sup> Costa, Cynthia Pereira, Ana Casasanta, Denice Catani, Fátima de Souza, Zaia Brândao, Marta Chagas, Mirian Warde, Elena Teixeira, Cecilia Cortez... y Luciano M. Faria Filho.

con este nuevo trabajo sobre la educación del Méjico colonial. Un trabajo de síntesis sólido —como el de toda su obra—, reflexivo y sugerente, que nos invita a considerar, desde la serenidad y la reflexión de sus muchos datos y valoraciones, una idea clave de la obra de España en América: el análisis histórico-pedagógico de la educación iberoamericana y más concretamente mejicana no es tanto el resultado de una férrea imposición cultural —que indudablemente la hubo— como la atemperación de esa imposición a una realidad que por su propia fuerza y solidez mediatizó y condicionó sobremanera la acomodación y configuración de la cultura castellana en la América novohispana.

Con esta idea, la doctora Gonzalbo plantea una vez más y de forma nítida cómo el proceso de hispanización, civilización o aculturación de la sociedad indígena, aunque contiene aspectos sumamente complejos, diversos y oscuros, discurre por cauces de transculturación apoyados en dos ejes de especial trascendencia y significación: por un lado, la fuerza, solidez y resistencia de la cultura indígena, especialmente mesoamericana, por otro, el hecho de no reducir la conquista a un fenómeno puramente colonial; éste se hizo acompañar de un intento evangelizador y misionero de primera magnitud que conllevó anejo una inmensa tarea de educación y civilización. Idea que Lope de Vega sintetizó acertadamente en *La Arcadia* al resumir el espíritu de la aventura americana en un proceso unitario que venía definido con las siguientes palabras: «Al rey infinitas tierras y a Dios infinitas almas». El resultado de todo ello fue Nueva España. Un sincretismo cultural, social y religioso donde la cultura castellana, el orden europeo y la fe cristiana cohabitaron con un criollismo diferenciador a la vez que con resistencias, indiferencias y asimilaciones indígenas no del todo definidas y mucho menos concluidas.

Todo este proceso nos lo muestra Pilar Gonzalbo a lo largo de seis capítulos y siete anexos donde actúan cuatro protagonistas: la población indígena, la corona, la Iglesia y la cultura criolla. Protagonistas

que tienen papeles diferentes, antagónicos, en ocasiones convergentes y en algunos casos coincidentes. En el primer capítulo, la autora plantea con realismo lo que ella define como: «El impacto de la conquista y la confrontación de dos tradiciones educativas». Se trata de un primer intento por poner de manifiesto las características y solidez del sistema educativo mesoamericano previo a la conquista. Solidez que llevó a las autoridades y primeros misioneros no sólo a respetar parte de la estructura social indígena sino a implicarla en la obra educadora. La puesta en práctica de internados estratificados para indígenas constituye un ejemplo de esa atemperación.

El proceso de confrontación se hace todavía más patente en el segundo capítulo: «El dilema colonial: la educación indígena y cultura criolla». En él se describe el devenir de tres referentes que condicionaron sobremanera la civilización americana. En primer lugar se aborda el estudio de las prevenciones y negativa inicial a la formación sacral de indios y mestizos para a continuación comentar su consideración como sujetos de formación religiosa. En segundo lugar se analizan las circunstancias de la formación profesional y laboral del indio; cauce que aunque estuvo aderezado por variados y numerosos conflictos fue una de las vías claves en la socialización de la cultura indígena. El capítulo se cierra con el tema castellanización-alfabetización. Problema que inicialmente se abordó adoptando posturas respetuosas con las lenguas autóctonas, lo que se tradujo en una proliferación abundante de catecismos y cartillas bilingües, para posteriormente, tras la aprobación de los decretos tridentinos en 1563 y la instauración del Santo Oficio americano en 1571, plantear prevenciones que derivaron en una mayor atención por la castellanización y educación criolla.

El tema del humanismo y la reforma católica es analizado en el tercer capítulo: «La educación de los criollos y el espíritu de la Contrarreforma». En él se pone de manifiesto el asentamiento de una sociedad criolla que reproduce los modelos de la sociedad estamental castellana y europea y

encuentra sus cauces de proyección cultural, social y política a través de la fundación de universidades. Especialmente interesantes son las reflexiones sobre la fundación de la Real y Pontificia Universidad de México, las dificultades de acceso a la cultura superior del indio, las reglamentaciones que al respecto estableció el obispo Palafox y el importante papel de los jesuitas en el desarrollo de la enseñanza media y superior.

La educación femenina, tema recurrente en la obra de Pilar Gonzalbo, es abordado en el capítulo IV con un título sumamente sugerente: «De Luis Vives a Fernández de Lizardi: la educación femenina en la Nueva España». Una vez más Pilar Gonzalbo nos introduce, con un conocimiento profundo de la realidad sociocultural de la época, en el acceso de la mujer novohispana al mundo de la cultura y la educación. Después de un breve repaso histórico al problema de la educación femenina y de analizar la postura de diferentes humanistas y personajes novohispanos como Juan Díaz de Arce, sor Juana Inés de la Cruz y José Joaquín Fernández Lizardi, plantea cómo se abordó la educación de la mujer según fuese india, criolla o mestiza. En primer lugar trata la aparición de colegios para mujeres indígenas y las dificultades que al respecto encontró el obispo Zumárraga; analiza igualmente la obra fundacional para mujeres de Vasco de Quiroga; finalmente hace un recorrido sugerente por la selectiva educación criolla, se adentra en la preparación de las maestras, que cataloga de deficiente, y termina aludiendo a distintas fundaciones colegiales para niñas necesitadas.

El tema de la educación no formal es abordado en el capítulo V: «Los espacios de la educación informal y la vida privada». Es aquí donde la fragmentación y los intereses de los diferentes actores se hacen más marcados. Con un enfoque preferentemente sociológico, Pilar Gonzalbo plantea cómo la clerecía, a través de sermonarios y homilías, fue conformando una mentalidad axiológica donde al lado de temas tradicionales de fe, moral y extirpación de idolatrías se plantearon no pocas cuestiones de restitución al indio de sus propiedades y

dignidad. Los sermonarios de Montesinos, Las Casas y fray Bernardo de Veracruz son traídos a colación por Pilar Gonzalbo en un intento de mostrar la pluralidad moral de la obra misional. No menos importante es la cuestión de los agentes educativos y de los medios. La doctora Gonzalbo repasa en este aspecto el papel que desempeñaron, entre otras, las biografías, las directrices de la Corona y la función de congregaciones, reducciones y encomiendas.

El último de los capítulos: «La Ilustración por decreto y la modernización educativa», se refiere al peso de la Ilustración colonial en la transformación de la cultura novohispana. En él se plantean diferentes medidas orientadas a la sustitución de la clerecía regular por la clerecía secular y laica; se destaca la educación social y popular llevada a cabo por numerosos obispos —fray José Lanciego, Antonio Lorenzana— las consecuencias de la expulsión de los jesuitas y el estado de la cultura literaria.

Cierran la obra siete anexos que recogen una antología de textos referida a los grandes temas de la obra. Se inicia con textos de fray Diego Durán sobre la cultura prehispánica, le siguen varias referencias a personajes que han marcado la cultura novohispana: fray Jerónimo Mendieta, fray Toribio de Benavente, sor Juana Inés de la Cruz, etc., y concluye con textos de José Ignacio Bartolache sobre el modernismo científico a finales del XVIII.

El resultado de todo ello es una obra de interpretación y de síntesis —en gran medida de trabajos anteriores— que repasa 300 años de historia, no tanto para describir o reflejar con erudición amplia y sistemática la historia pasada —para eso es mejor ir a otros trabajos de la autora—, sino para interpretar y valorar los procesos de creación cultural de la historia colonial. Procesos que lejos de generar o suscitar lamentos en la doctora Gonzalbo invitan a conformar diversas opiniones sobre el pasado con el firme propósito de entender mejor el mundo contemporáneo iberoamericano y particularmente mejicano.

JAVIER VERGARA